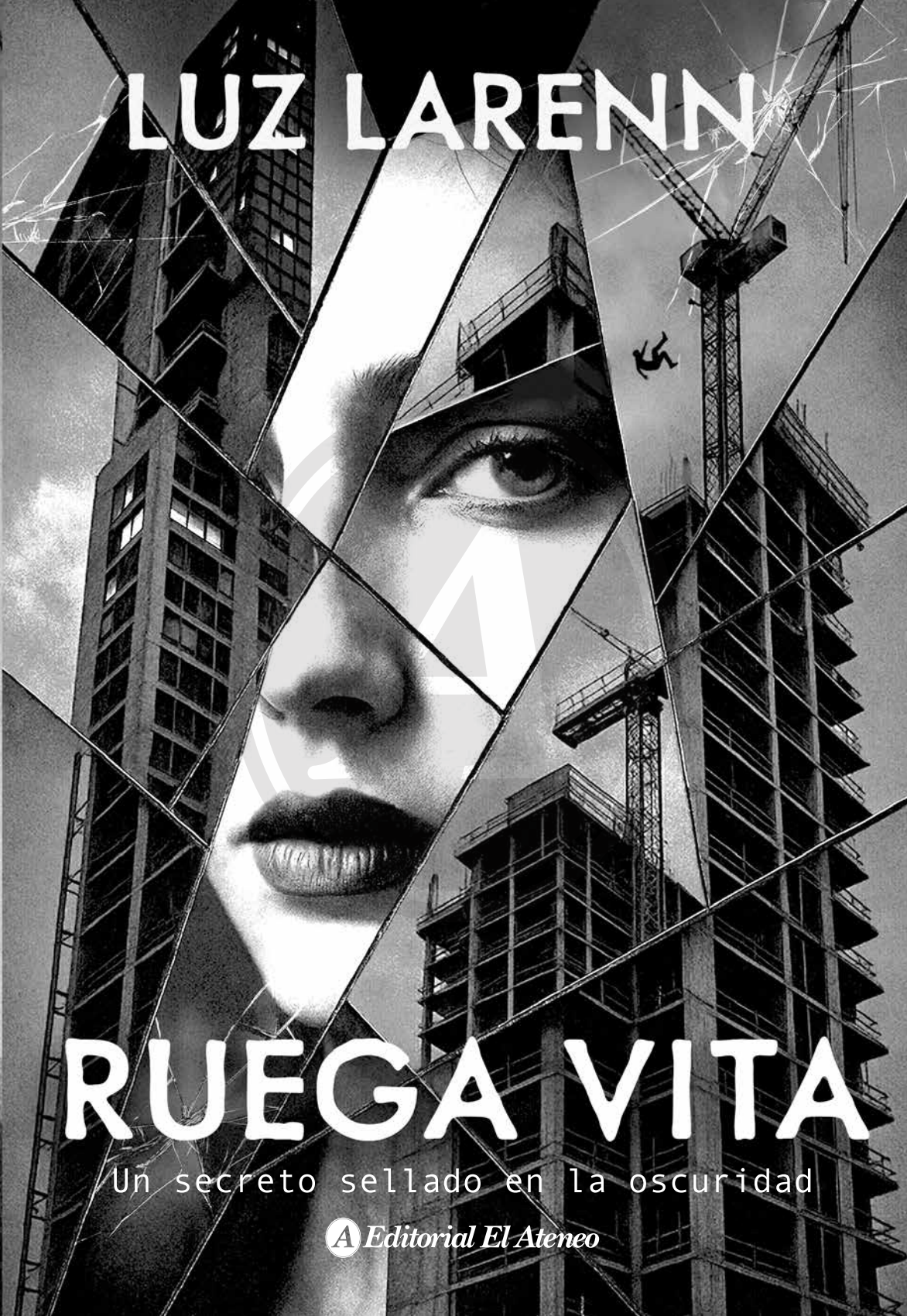






LUZ LARENN

RUEGA VITA

Un secreto sellado en la oscuridad

 Editorial El Ateneo

Ruega Vita

© Luz Larenn, 2025

Derechos mundiales exclusivos de edición en todas las lenguas

© Grupo ILHSA S. A. para su sello Editorial El Ateneo, 2025

Patagones 2463 - (C1282ACA) Buenos Aires - Argentina

Tel: (54 11) 4943 8200

editorial@elateneo.com - www.editorialelateneo.com.ar

Dirección editorial: Marcela Luza

Gerencia editorial: Marina von der Pahlen

Edición: Mónica Ploese

Producción: Pablo Gauna

Coordinación de diseño: Marianela Acuña

Arte de tapa: Carolina Marando

Armado de interior: Isabel Barutti

ISBN 978-950-02-1685-2

1ª edición: noviembre de 2025

Impreso en Talleres Gráficos Elías Porter,
Plaza 1202, Ciudad Autónoma de Buenos Aires,
en noviembre de 2025.

Tirada: 4.000 ejemplares.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Libro de edición argentina.

Luz Larenn

Ruega Vita / Luz Larenn. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : El Ateneo, 2025.

272 p. ; 23 x 16 cm.

ISBN 978-950-02-1685-2

1. Literatura Argentina. 2. Thriller. 3. Novelas de Suspense. I. Título.

CDD A860

Esta es una obra de ficción. Cualquier similitud con personas reales, vivas o muertas, o hechos reales, es pura coincidencia. De ningún modo se proponen sugerencias y/o consejos. Grupo Ilhsa S.A., sus socios, empleados y/o directivos no se responsabilizan por los resultados de otros usos del presente libro.

El editor se reserva todos los derechos sobre esta obra. En consecuencia, no puede reproducirse total o parcialmente por ningún método de reproducción existente o por existir incluyendo el gráfico, electrónico y/o mecánico (como ser el fotocopiado, el registro electromagnético y/o el almacenamiento de datos, entre otros), sin el expreso consentimiento de su editor, Grupo Ilhsa S.A. (Ley n° 11.723).

A mi abuela, que a partir de ahora me leerá
desde arriba.

A mis hijas, Juana y Ámbar,
la recién llegada.

A mi marido, sostén inquebrantable.

A mi madre, soporte en este caos.

A todas aquellas personas
que ofrecieron su ayuda desde su
experiencia profesional
en la resolución de este caso.
Tenemos a grandes profesionales del
crimen en nuestro país.



Recorrió con las yemas de los dedos la superficie rugosa. Ante el desconcierto avasallante, se aferró a eso, lo único que tenía a mano en aquella ceguera forzada. En sus tímpanos podía sentir cómo se clavaba el ruido pulsátil de sus latidos e interfería su pensamiento.

No sabía dónde se encontraba ni cómo había llegado hasta allí. Lo último que recordaba era estar caminando sola por entre las calles desoladas de la periferia de Palermo Soho, viendo cómo el sol se ponía entre los dos edificios de enfrente, generando un efecto *highlight* que solo se podía admirar en esa época otoñal.

Por unos instantes, regresó mentalmente a su viaje a Madrid. Había ido con Iván, antes de comenzar con lo que sería el proyecto del principio de su familia, pero que, sin saberlo, terminaría siendo el fin. De hecho, creían que había vuelto embarazada de allí. Y si fue así, como había venido se habría ido.

Ahora mismo su última manifestación de gratitud se le hacía que fuera aquel atardecer sencillo e imponente antes de su captura.

Acto seguido, chasqueó la lengua luego de recordar la cantidad de peleas que habían tenido, sobre todo cuando la sexta fertilización *in vitro* no había tenido éxito e Iván comenzaba a plantar bandera. Se lo recriminó y en este momento

deseaba no haberle dicho las cosas que habían salido de su boca, comandadas por el más profundo dolor y, sobre todo, por la incertidumbre, pues, a juzgar por su presente, podían llegar a ser parte de los recuerdos que él tendría de ella. Qué ironía haber deseado desaparecer tantas veces... y ahora confirmar la tan trillada frase: "Ten cuidado con lo que desees".

Lejos de llorar, utilizó la bronca para recorrer con más ahínco el lugar. No parecía un espacio demasiado grande.

El olor a podredumbre la mareó. Una mezcla de humedades de siglos atrás, orín y animales muertos.

Trató de contener lo que le intentó volver a su garganta.

¿Quién la querría presa? ¿Lejos de todo y de todos? ¿Ausente del día a día? Enemigos le sobraban. Y más después de haber desenmascarado lo que inescrupulosos empresarios habían escondido durante años.

Dedicarse al derecho penal tenía la contracara más dura de todas en el mundo judicial. Y, si empezaba a desandar su nueva carrera como *influencer* en la materia, las posibilidades subían como un carrito de montaña rusa llegando a la cresta.

Fuera cual fuese el caso, Lucía Thomas no se dejaría estar y le daría pelea a lo que se le interpusiera adelante, para volver a casa, junto a Iván, cuanto antes.

El ritmo cardíaco se le empezó a acelerar. Sentía los latidos cada vez más fuertes en la sien, como tambores prontos a explotar. A pesar de todo, siguió palpando el espacio. Si sus cálculos no fallaban, daría con algo de luz en algún momento.

Un objeto duro la frenó. Parecía una caja de madera de medio metro. Una mesa de noche, tal vez. Siguíó recorriéndola

hasta dar con un cajón. Dentro de él halló una pequeña linterna. Su percepción había estado acertada. Era un espacio chico y abandonado. No había ventanas, solo una puerta de hierro por la que parecía que durante el día se podría colar algo de luz, en caso de no encontrarse bajo tierra. Se le erizó la piel de la nuca de solo pensarlo. Sin embargo y pese a la neblina mental, algo en ella albergaba la esperanza del sobreviviente.

La linterna daba suficiente luz como para alumbrar todo un sector de la habitación. Así que, a poco de caminar unos pasos en dirección a lo que ya había visto, giró y se encontró con una escena espeluznante en la pared, a sus espaldas.

Una cruz religiosa se encontraba colgando, pero no era Cristo quien pendía allí, preso de mil estatuillas a lo largo del tiempo, con sus estigmas en manos y pies. Era una criatura diferente, parecía mitológica, con rasgos más bien vinculados al infierno que al cielo.

Aquel montaje surrealista le daba una nueva pista. Había visto de cerca casos así, personas que adoraban a diferentes personajes creados para dominar a ciertas masas. Horrores que se habían llevado a cabo por creencias de esta índole. ¿Qué tendría que ver ella con eso? Pensó en los casos que recordaba, ninguno incluía este tipo de deidad. Eran otras cosas, magia negra, mayormente, adoración a seres de carne y hueso que pregonaban ciertos saberes de otros planos.

Que estuviera allí significaba que podía ser considerada importante. Y a lo importante no se lo mata, se dijo para tranquilizarse, aunque también podía ser todo lo contrario, que estuviera allí ofrecida en bandeja de plata como un sacrificio.

Decidió sentarse para recobrar la compostura y recuperar su respiración habitual. Su fortaleza espiritual jamás le habría permitido derrumbarse; después de todo, no por nada había llegado a ser quien era como profesional.

En una esquina de la habitación, con la espalda apoyada sobre el frío cemento de la pared, permitió que una lágrima brotase de sus ojos. El karma actuaba rápido cuando se trataba de ella, no así de sus enemigos, por mucho que lo esperara a lo largo de los años. La ironía de estar ahora privada de la libertad con todo lo que había sucedido esas últimas semanas le hacía estallar la cabeza de bronca y de risa, en partes esquizofrénicamente iguales.

¿Quién la buscaría? Las preguntas que surgían en su mente se contestaban solas, y las respuestas eran suficientes para hacerle sentir un purgatorio en vida.

1

Que la uña estuviera en forma de serrucho era su límite. Uno autoimpuesto para evitar el dolor del pellejo.

Nova Cruz era muchas cosas y una de ellas, la que más resaltaba estos últimos meses, era la de una mujer premenopáusica silenciosamente desbordada. Algo que se traducía en moverse como uno de esos robots nuevos que parecen humanos y que la procesión fuese por dentro. El daño colateral de todo aquello era que sus manos jamás resultaban ilesas.

Pasó por el baño de la universidad a arreglarse un poco y a pintarse los labios. No porque quisiera, sino porque la voz interna de su madre la había amedrentado tanto que lo hacía en automático, como aquellos monos que los científicos mantienen como rehenes para estudiarlos y todos los días esperan su banana.

El nuevo corte de pelo no le favorecía, pero era práctico, corto por detrás de las orejas y con la cara despejada. El color lo llevaba siempre igual, desde sus treinta. Un caoba al que, por momentos, se atrevía a darle algún reflejo más dorado, aunque luego siempre volvía, a salvo, a lo conocido.

Ingresó al aula 301 tomando una bocanada de aire tal que oficiara de recambio energético y se colocó el sutil aunque poderoso disfraz de la doctora Cruz, ex perfiladora criminal devenida docente universitaria. Una de las pocas del país.

Segundos después, luego de un escueto y firme saludo, encendió el proyector que se empeñaba en seguir utilizando a pesar de los avances tecnológicos y comenzó, como si fuera el sonido de páginas ajadas, el áspero e inquieto susurro de sus diapositivas, dándole lugar una a la siguiente, y a otra más... Con dicha cadencia, su clase fluía, entre preguntas e imágenes, más imágenes y respuestas.

Pero esta vez se traía algo entre manos, algo para lo que este nuevo grupo, carne tierna recién llegada, serviría para el cañón.

—¿De quién es esta mirada? —soltó al borde de la increpación.

Enseguida, varios levantaron la mano, aunque una muchacha se anticipó y lo dijo en voz alta. Le venía cayendo bien, un poco porque se veía reflejada a sí misma en su juventud, época, a años luz del presente, en la que todavía se reconocía cándida.

—Bundy, profesora.

—¿Me recordaría su nombre? Señorita... —Lo sabía, pero le gustaba hacerles morder el polvo.

—Luna.

—Completo, por favor, con su apellido.

—Luna es mi apellido. Me llamo Zoé. Zoé Luna.

Se acordaba de su apellido. A su costado oscuro y hasta infantil le gustaba la idea de burlarse de los alumnos en público, aunque en ese momento, además, ciertamente se le había hecho una laguna mental con el nombre de pila de la chica. Poco esfuerzo, estos padres, pensó. Posiblemente serían de esa camada de *hippies* que buscaban resaltar a

sus hijos con el exotismo de un relax fingido. Como los que les ponían nombres que se usaban para otras cosas, tales como Selva, Delfín y hasta Río. Zoé, ¿qué significaría Zoé? ¿El sonido de un oboe? Una sarta de idioteces que no soportaba. Menos ahora, menos estos días, en los que percibía que se estaba sumergiendo en una nueva mala racha; y, cuando eso sucedía, un manto oscuro se cernía sobre ella, que siempre sentía como el más sombrío de toda su existencia. Aunque cuando, pasaba y en retrospectiva, nunca fuera para tanto.

—¿Y estos ojos, señorita Luna? —La miró fijo, aunque la luz que irradiaba la lámpara del proyector la encandilaba.

—Dahmer.

—¿Y estos?

—Murano.

—¿Y estos? —A esa altura, el tumulto de miradas confundidas de los demás intentaba meter presión sin éxito alguno.

Zoé Luna titubeó. Nunca antes había visto esa mirada y eso que ya había cursado Criminología I. Comenzó un bailoteo inseguro con los ojos, que provocó un arqueó en la boca de Cruz.

—Esta es Milena Quaglini. ¿La conocen? —Pronunció el nombre con un acento que estaba lejos de lo porteña de pura cepa que era.

Se escuchó un oleaje de negativas en diferentes tipos de murmullos y, sumado a esto, los semblantes de la mayoría devolvieron pura incertidumbre.

—No tiene ojos de loca, ¿no es cierto? —soltó con su acostumbrada soberbia, dirigiéndose puntualmente a Luna. Esta reaccionó negando con la cabeza—. Tal vez eso se deba a que, quizás, no lo estuviera.

Luego de un silencio dramático ejecutado a la perfección, siguió pasando algunas diapositivas más.

—Estas fueron sus tres víctimas. Quaglini cometió sus asesinatos luego de ser ella misma víctima de malos tratos por parte de estos tres... señores —completó después de una pausa en la que tragó saliva.

—Acá dice que se transformó en una especie de justiciera de pedófilos y violadores —dijo, con tono aguerrido, uno que se sentaba por el fondo y siempre tenía la *laptop* abierta.

—Así no vale, Álvarez. —Automáticamente toda la clase se distendió. En algunos momentos le gustaba saberse titiritera de aquellos grupos; en otros, confraternizaba. Había algo asociado a su sed de justicia que la empujaba a seguir siendo profesora a pesar de la paga casi indigna. Por su sangre corría el compromiso de educar a los perfiladores del mañana, esos que llegarían a encontrar y reconocer a los culpables. Porque, además, aunque intentara mentirse a sí misma, culpables abundarían y esto solo iría *in crescendo*.

—Quaglini fue una de las pocas asesinas en serie italianas. —Hizo en el aire el gesto de montoncito con los dedos, ese que solían hacer las abuelas italianas cuando se enojaban, lo que a más de uno le provocó risa.

—Porque se enojan mucho, son pocas, profe. Exteriorizan enseguida —dijo una muchacha a la que no tenía en el radar, pero que estaba segura de haber visto antes.

Asintió en el aire.

—Es posible. —Apagó el proyector y se dirigió al pizarrón—. Pero también esa podría ser la inflexión. La ira que un día se destapa y no encuentra cauce.

Desde hacía ya algún tiempo, Nova Cruz venía notando que su vida había caído en un letargo asociado a las cosas que hacía de forma automática. Y una de ellas era dar esa clase. Así que en ese instante decidió

cambiar el rumbo del futuro, al menos desde un ángulo que pudiera controlar, y viró el curso pedagógico de aquel grupo.

—Milena Quaglini será su proyecto de este cuatrimestre.

Todos se miraron extrañados. Aquella cátedra estaba específicamente orientada a comprender los primeros pasos de la perfilación criminal y ahora parecía reducirse a una sola asesina, que hasta poca culpa parecía tener. Un perfil vago, si se quiere. Aburrido, sin demasiada sazón, se quejaron los alumnos.

—Ustedes tienen mucho Hollywood encima. Esta es la vida real. Milenas abundan; Ted Bundys, no tanto. Seguiremos viendo a los demás, no se preocupen. Pero el trabajo final será sobre ella y es mi última palabra.

Ya cruzando el estacionamiento desierto que la llevaría a la estación del subte, el sobresalto la tomó por completo cuando escuchó que alguien le chistaba.

Frenó en seco y los recuerdos la atormentaron como solían hacerlo cuando la agarraban con la guardia baja. La última vez había sido una semana antes, en la ducha, cuando se apagó la caldera y comenzó a salir el agua fría de golpe.

Inmediatamente recordó aquel chorro helado abofeteando su rostro, mientras su marido la sostenía con fuerza. Le había quedado doliendo por días, pero al menos no le había dejado marcas, de las que se veían a la luz, claro está.

Cuando recobró el aliento, notó que Zoé Luna caminaba hacia ella a ritmo acelerado, lo que provocaba que su flequillo de cabello negro finito se volara con el viento. Suspiró aliviada.

—Disculpe, profesora Cruz. Me quedé pensando en algo...

—Dígame, Luna. —Se rearmó en su papel.

—Esta tal Milena ¿pasó de ser una víctima a ser una asesina? —Nova se quedó detenida, esperando que fuera al punto—. ¿Alguna vez fue públicamente una víctima? ¿Se sabía lo que le sucedía? ¿O simplemente se volvió víctima y victimaria en el mismo acto?

La jovencita por momentos la dejaba atónita. No sabía si era por su inteligencia o por su sabiduría. A pesar de que aún tenía cara de nena, cosa que, intuía, le duraría por muchos años más, abría la boca y daba cátedra. Aun así, Nova salió del apuro indicándole que aquella se trataba de una pregunta digna de ser respondida en su trabajo práctico final. Notó que la frustración se apoderaba de Luna en el momento en que bajó la mirada y una mueca de disgusto que no intentó disimular salió a la luz.

—*Oké*. Que tenga buenas noches, profe.

Ni buenas ni noches tenía últimamente Nova Cruz. Porque las buenas hacía años que no acudían a su dirección postal y, cuando la luna regía, ella se camuflaba en la oscuridad a fuerza de psicofármacos para que no dolieran los fantasmas que la abucheaban de forma sistemática cada vez que intentaba cerrar los ojos.

Hoy, el reducido aire que Cruz respiraba era pura y exclusivamente para dejar su legado, uno tan fuerte como el que casi le había sido arrebatado años antes, el simple y consistente legado de mantener viva la llama de la justicia.